

Dramática Latinoamericana de
Teatro/CELCIT N° 48

RING-SIDE

Daniel Veronese

Escrita en 1996.

Todos esperando con ansia el combate.

El lugar es rectangular.

Blanco.

Su blancura ciega a quién lo mira.

Ciega a quién lo mira detenidamente unos minutos.

No debe mirarse más de tres o cuatro minutos.

Luego hay que descansar la mirada en algo negro.

Entonces luego se puede volver a mirar, por tres o cuatro minutos más.

Luego descansar la mirada otra vez para poder volver a mirar, y luego descansar.

Para volver a mirar.

Los padres ya ciegos imploran a sus hijos: no miréis, videntes niños nuestros, aún la blancura del ring-side, ya mirareis tranquilos cuando no estemos nosotros en pie.

Cuatro lados. Dos más largos que otros dos.

Un rectángulo.

Su forma no es caprichosa.

Alberga dos grupos.

Uno en cada parte angosta del rectángulo.

Dos grupos, dos muchedumbres, dos rebaños ciegos o a cegar.

El de la izquierda, mujeres, desnudas.

Aceitadas como ratas de barco.

Bronceados mecanismos de lucha.

El grupo de la derecha.

Se destaca una sola mujer.

Una sola mujer lidera el grupo de la derecha.

Vestido blanco. Poco pelo. Mirada profunda.

Son sus señas.

No ahora.

Más adelante voy a hablar de ella.

Más adelante voy a decir su nombre.

Cada año el combate es más encarnizado.

Durante horas la muerte parece llegar. Es una amante segura de sí misma, dicen algunos.

Miles de ojos mirando el espacio blanco.

Miles de ojos siguiendo con atención la contienda.

Ése es el peligro.

No hay que mirar el espacio más de tres minutos seguidos.

Tic, tac.

Cinco a lo sumo.

¿Por qué pelean este año?

¿Es por un hombre? ¿Una mujer? ¿Es por un gran animal?

Un singular objeto.

El combate de este año es por la tenencia del novio.

El novio es el premio.

El novio viene del mar.

Tiene una casaca marinera.

Abotonada hasta el cuello.

El novio viene del mar, tiene una casaca marinera, pero no es marino.

Su madre era marinera.

Su madre fue preñada por un tiburón de gran tamaño.

Hay una explicación.

Su madre solía caminar, cuidadosamente, por el borde de la barca.

Pero una noche cerrada caminó demasiado.

El borde estaba mojado. Resbaladizo.

Resbaladizo como en toda barca.

Esa noche, la madre del novio cayó al mar.

Peleó como una antigua guerrera en un medio que no le era natural.

El agua.

Te perdono la vida, dicen que dijo el escualo gigante, eres valiente.

Y le ofreció, peligrosamente, su hocico para que ella pudiera besarlo.

Ceremonia de pacificación.

El agua estaba fría, dicen que contó la madre del novio como disculpa, y el hocico caliente.

El escualo le devoró de todas formas algún órgano de importancia.

Y ella nunca más pudo dejar que se le acercara otro hombre o pez.

En tierra o en agua.

Su casaca marinera, entonces, cientos de botones.

A pesar de la época del año, el novio viste larga casaca marinera, abotonada hasta el cuello.

Como su padre, dicen algunos.

La mujer del grupo de la derecha.

Es el momento de decir su nombre.

Es la hora de decir su nombre.

Tic, tac.

Carlotta es la mujer que se destaca del grupo de la derecha.

Viste de blanco. Tiene poco cabello.

Su mirada es profunda.

Sobrenatural.

Ésas son sus señas.

Carlotta pelea en el rectángulo blanco.

Carlotta pelea en el ring-side por la tenencia del novio que vino del mar pero no es marino.

Un golpe por segundo.

Tic, tac. Golpe, Golpe.

Tic, tac. Más golpes.

No le duran mucho las mujeres del grupo de la izquierda.

Otra máquina.

Otra aceitada rata.

Bronceado mecanismo de lucha, pide Carlotta.

Tic, tac. Golpe.

Tic, tac.

Llanto del niño de Carlotta.

Es lógico que suceda.

Carlotta tapó cuidadosamente los ojos de su niño con cera.

Carlotta tapó cuidadosamente los ojos de su niño para que no pueda ver el combate.

El niño es muy niño para ver el combate.

Pero olvidó teparle los oídos y el niño escucha.

El niño se asusta por la crueldad de su madre.

Tic, tac, escucha.

Tic, tac. Golpe tras golpe.

Pobre niño, murmura la gente.

No hay que apiadarse de él.

Es un niño-máquina-perversa.

Deja de llorar cuando nadie lo está escuchando.

Solo hay que dejarlo y correr, lejos.

Hay también para esto una explicación.

El padre del niño fue calesitero.

De él heredó el carácter de máquina.

Su padre amaba su calesita de animales que subían y bajaban, rítmicamente.

Tic... tac...Tic... tac...

Es un pueblo de ciegos.

Amaba el rechinar de su calesita.

Amaba escuchar a su calesita.

Amaba a todos sus animales que subían y bajaban.

Tic...

Tac...

Pero el tigre era su preferido.

El tigre era el animal preferido del padre.

Quiero que mi hijo sea así, dicen que decía a quién quería escucharlo.

De voz ronca y serena.

Y todo niño comparte ideales con su padre.

Tic, tac.

Camina en círculo, mi pequeño tigre, mi máquina perversa, camina.

Así no llegará a ningún lado.

Su ronquido es grave.

Pero no sufre, dice Carlotta, a quién quiera escuchar.

No lo escuchen. Miente la máquina perversa.

Tic, tac.

Tic, tac.

Miente.

Hablo de relojes.

Hablo de ruido de relojes.

Es un pueblo de ciegos.

Tic, tac.

Los relojes nos permiten tener alguna perspectiva del tiempo transcurrido.

Esto dura de aquí... hasta aquí.

Tic.

Y Tac.

Dimensión exacta de la duración de los hechos.

Tic.

Y tac.

El tiempo no se puede ver, pero se puede escuchar a través del reloj.

Cada golpe es único.

Rompe y deforma lo que golpea.

Cada golpe es sangriento.

Ya destrozó a cuatro, comenta un ciego.

Tic, tac.

Tic, tac.

El espectáculo es sangriento pero extraordinario.

Ése es el peligro.

No se puede dejar de mirar.

Cinco minutos es el límite.

No, no. No más de tres minutos por Dios, gritan incrédulos, desesperados, padres con ojos blancos a sus hijos, implorando al cielo.

Respetad al menos nuestra experiencia.

No, no. Diez es el límite, gritan otros que creen en leyendas y se permiten ver más allá.

Y sus brazos rígidos, señalando la tierra que se debería mirar.

Tierra que pisan día a día.

Tierra que creen conocer a la perfección.

Pero cinco minutos es un tiempo recomendable.

Tic, tac.

El verdadero límite. No hay otro. Puedo asegurarlo.

O seis a lo sumo.

Pero hay quienes se olvidan y se pierden irremediabilmente en el combate.

Tic, tac.

Los golpes son terribles.

Este año el novio es el premio.

El premio para la vencedora.

Ya lo dije.

El año anterior una luciérnaga fue el premio.

Este año el novio que vino del mar.

De madre marina y padre tiburón.

Es un ser extraño.

Su casaca abotonada hasta el cuello.

Lo que se llama un fenómeno de la naturaleza.

Una rareza.

Un prodigio.

Una excelencia a la vista.

Una manifestación divina para los días grises.

Los golpes son terribles, pero el premio bien merece el sufrimiento, piensan las contendientes.

Tic, tac.

La luciérnaga se paraba en sus dos patitas delanteras.

Era, también, realmente extraordinaria.

Pero este año el premio es el novio con casaca marinera.

Su casaca negra es un descanso para quién comienza a sentir sequedad en los ojos.

Su casaca lustrosa por el uso de los días marinos.

Remanso fresco para los ojos.

Negro y lustroso.

Como la lustrosa piel negra de su padre.

Su padre, quién, finalmente, valga la información, fue tristemente confundido con un ballenato.

Acabado sin miramientos por un grupo de arponeros borrachos.

No muy lejos de la costa.

La vida en el mar debe ser sangrienta pero noble.

Jamás un grupo de tiburones atacaríamos a un hombre solo.

Escuché decirle a sus asesinos antes de morir.

Boqueaba en la cubierta.

Se elegía al de mayor prestancia, al de mejor porte.

Ése se encargaba de conseguir alimento para los demás.

Y por mi tamaño envidiable yo siempre era el elegido.

La lucha cuerpo a cuerpo. Uno a uno.

Su boca se abrió y cerró varias veces.

Tic, tac. Tic, tac.

Masticando el aire, golosamente.

Su enorme cuerpo atravesando el barco de babor a estribor.

Parece un ballenato. Pero no lo es, dijo uno de los asesinos.

Era un enorme tiburón.

Por su tamaño envidiable fue elegido por última vez.

Tic, tac.

Cruel paradoja.

Lo que lo mantuvo vivo y respetado por tanto tiempo, lo mató.

Saquémosle la piel, alguien nos pagará por una piel tan lustrosa, dijo otro de los asesinos.

Aserraron su cuerpo.

Rítmicamente.

Tic, tac.

Eran rudos arponeros cegados por la sal del mar.

Tic, tac.

Venderemos su piel.

Pero su carne pronto comenzó a pudrirse.

Lo devolvieron al mar.

Casaca negra, entonces. Abotonada hasta el cuello.

Quién mira el ring-side, y siente que sus ojos arden, puede sumergirlos luego en la casaca abotonada del novio.

Todos miran la pelea durante unos pocos minutos que corren deprisa.

Tic, tac.

Los minutos que devoran la visión y luego, presurosos, a descansar la mirada en el novio.

En la negra casaca del novio.

En el premio.

¿Casualidad?

Nunca lo supe.

Campanilla. Un grito.

Ha llegado la hora.

Más gritos.

Gritan los heridos.

Carlotta vence.

El novio es el premio.

Higiene del novio.

El novio es puesto al desnudo por los demás ciegos.

Sobre el blanco piso va quedando la gruesa casaca negra del novio.

Sobre el blanco piso que ciega.

Los ciegos cantan su canción mientras desnudan al novio sobre el ring-side.

La canción de los ciegos trae al novio un recuerdo de infancia.

La canción de los ciegos es la misma que cantaba su madre mientras arrojaba las redes al mar.

Su madre tratando de atrapar al escualo.

Su madre tratando de atrapar al escualo que una noche la devoró, en parte.

La canción habla de redes arrojadas al mar.

Es una canción marinera, entonces.

Su madre no llegó a atrapar al escualo.

Ni a verlo nunca más.

Su madre nunca supo que el escualo fue arponeado.

O no lo quiso saber.

Eternamente tiró sus redes al mar.

Hasta morir.

Quiero decir que la madre del novio que vino del mar tiró eternamente las redes al mar hasta morir.

Sin llegar a ver otra vez al escualo.

Es una triste canción marinera, entonces.

Pero el novio que vino del mar no puede saber esto porque aún no había nacido, o era muy pequeño.

Él solo recuerda las viejas canciones que cantaba su madre en cubierta.

Los ciegos cantan ahora la canción sobre la negra casaca del novio.

El novio mira a los ciegos que pisotean, sin advertirlo, su casaca negra y lustrosa.

Entonces el novio rompe en llanto.

Sin saber porqué.

Llora.

Pero a pasado mucho tiempo de todo esto.

Tic, tac.

Son recuerdos difíciles de explicar.

FIN

Daniel Veronese. Correo electrónico: periférico@arnet.com.ar

DANIEL VERONESE

Comenzó su carrera como actor y mimo. En 1985 incursionó en el teatro de objetos, disciplina que lo llevó a crear en 1989 el grupo El Periférico de Objetos. Su estética, tanto como director como dramaturgo, lo lleva a plantear una mirada particular en el espectro teatral argentino.

Es autor de más de veinte títulos y director de más de una decena de obras. Basándose en la síntesis, en la autoreferencialidad del teatro mismo y en lo siniestro, su obra genera una presencia transversal sobre los patrones formales del teatro tradicional.

Tiene publicado dos libros que contienen toda su obra: "Cuerpo de Prueba", editado por el CBC. de la Universidad de Buenos Aires (actualmente agotado) y "La Deriva", editado por Adriana Hidalgo Editores. Cuenta además con varias publicaciones en editoriales francesas. Sus obras están traducidas al italiano, al alemán, al francés y al portugués.

Recibió numerosos premios entre los que se destacan el Segundo Premio Nacional y el Primer Premio Municipal, ambos en dramaturgia.

En esta misma colección:

Nº 2. CRÓNICA DE LA CAÍDA DE UNO DE LOS HOMBRES DE ELLA y DEL MARAVILLOSO MUNDO DE LOS ANIMALES: CONVERSACIÓN NOCTURNA, editadas en forma gráfica.

Todos los derechos reservados

Buenos Aires. Argentina. Julio de 2001

-

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral

www.celcit.org.ar